

Pueblos acallados y expresivos

Diego Irarrazaval ¹

En el altiplano Eustaquio Durán me contaba que la gente adinerada inculcó al aymara no hablar mirándole los ojos ni dirigiendo la conversación. Con la cabeza agachada la población asimilaba (y resistía) lo ajeno. Por otra parte, los pueblos originarios calibran sus expresiones: “mi madre era silenciosa y tenía una paciencia a toda prueba”; “con mi abuelo compartimos muchas noches a la intemperie, largos silencios, largos relatos que nos hablaban del origen de la gente nuestra, del Primer Espíritu mapuche” ². En Amerindia, los pueblos han sido pisoteados, pero disfrutaban silencios y signos.

Mordaza y resistencia.

En todo el continente ha ocurrido un crimen cultural hacia centenares de idiomas y comportamientos autóctonos. La población indígena y mestiza relata censuras y castigos (en la educación, en organismos públicos, en los ritos) cuando han desarrollado idiomas y costumbres. Se ha pisoteado el alma al no dejarles expresarse en sus lenguas y espiritualidades (tachadas primero como idolátricas, y luego devaluadas como supersticiosas).

La implacable política colonial y neo-colonial (en la economía, medios de comunicación, trato cotidiano) ha sido la ‘integración’ a la civilización y al cristianismo. Por eso a todo dicen ‘sí’. Me tomó años entender cuando la gente andina me decía un sí que era un no. Se la ha cooptado de modo que niegan u ocultan identidades y mestizajes. Esto implica liberarse; y en este terreno la

¹ Publicado en *Testimonio* 268 (2015), 73-76.

² Elicura Chihuailaf, *De sueños azules y contrasueños*, Santiago: Universitaria, 2004, 27-29.

acompañó y apreció su habilidad emancipadora. Además, duele ver como dentro de ceremonias públicas se ´integra´ a líderes espirituales (a quienes les conceden 5 o 10 minutos, y luego hay largos discursos y gestos oficiales).

A la mordaza le acompaña la resistencia (tanto pasiva como activa). Esto se manifiesta en el ciclo de fiestas indígenas con sus mestizajes, en la bellísima artesanía, en música y danza, en la informal economía con biodiversidad, en lazos sociales sin discriminación. Aunque acallados, los pueblos resisten, forjan vías alternativas, negocian su ciudadanía.

La población cultiva espacios y tiempos rituales. Sobresale un sano sincretismo, en que elementos cristianos se articulan con espiritualidades autóctonas y mestizas. Cuando la evangelización es inculturada, aprendemos a ser macroecuménicos.

También se aprende a valorar y asumir la fe desde sus raíces; por ejemplo, se asume el “nim ki petik, nim ki q’ij” (todo lo que existe tiene vida y es sagrado)³. La creación nos habla; ello requiere estar en silencio y escuchar, y a partir de allí testimoniar el don de vivir.

Evangelio del silencio

Muchas personas asociadas a los pueblos originarios escuchamos su ´evangelio del silencio´. Esto ocurre al sobrevivir contra tanta adversidad, en sus interminables dolencias físicas y postergaciones sociales, en su invisibilización política y educacional a la que resisten tenazmente. Además, ellos suelen emplear máscaras que permiten “enfrentar exitosamente a los opresores, cumplir con sus exigencias, y preservar la propia identidad étnica sin

³ Felipe Gomez “Sistema de valores, producción y comercio maya”, en Varios Autores, *Tierra y espiritualidad maya*, Guatemala: AK KUTAN, 2000, 130.

renunciar a las verdaderas aspiraciones”⁴. A esta admirable tenacidad y sabiduría, se suma lo que uno escucha y disfruta en ceremonias donde abunda el silencio. La ritualidad indígena tiene sus propios códigos que incluye adoración y respeto, festejo y convivencia. Sobresale la fascinante ‘dulce misa’ o ‘*ayta* (ofrenda)’ con la Madre Tierra, en que uno es conducido al ‘más allá del más acá’ (como me decía un amigo de Cajamarca).

Es riquísima la tradición autóctona. Por ejemplo el *Popol Vuh* maya proclama: “todo estaba en suspenso, en calma, en silencio... había silencio en la oscuridad, en la noche. Sólo el Creador, el Formador, Tepeu, Gucumatz, los Progenitores, estaban en el agua rodeados de claridad”⁵. Ésta -y otras formas míticas y rituales- llenan el corazón. ¡Qué diferente es el lenguaje ilustrado, dicotómico, enclaustrante!

Me sumo a tanto no-indígena que agradecemos el regalo de caminar con pueblos originarios. Uno bebe de sus manantiales de espiritualidad, contempla cada ser viviente, establece contacto con antepasados (la fiesta en torno a los difuntos es alucinante), danza *purún* mapuche en silencio y al ritmo del *kultrung* y el *pawpawëñ*. También uno redescubre la corporeidad humana en la Madre Tierra, en la oscuridad disfruta largas horas de ‘despachos/ofrendas’ a seres sagrados (que son depositados en una fogata familiar), aprende a ser incondicionalmente solidario con quien sufre, confronta el mundo moderno desde los insignificantes, se nutre con la utopía del ‘vivir-bien’ andino.

⁴ Fernando Montes, *La máscara de piedra, simbolismo y personalidad aymaras en la historia*, La Paz: Armonía, 1999, 293. La población andina emplea ‘máscaras’ y ‘sombras’ tanto hacia el diferente como hacia su semejante (Montes, pgs. 268-275, 290-302).

⁵ *Popol Vuh, Las antiguas historias del Quiché* (Mexico: FCE, 1976, 23); y relectura por R. Falla SJ, *Popol Wuj, Una interpretación para el día de hoy: “la primera palabra...el primer silencio”* (Guatemala: AVANCSO, 2013, 37).

Todo esto habla de altos y bajos en el caminar indígena, e indica los fundamentos de la condición humana. Nos humanizamos al abrazar el silencio, en medio de signos y de muchos modos de comunicación no verbal y verbal, ritual y solidario. Ésta incesante Buena Nueva es universal (y no va amarrada a textos). Es un genuino 'evangelio del silencio'. Todo esto es diferente a una fría transmisión conceptual y normativa. La indoctrinación 'espiritual' suele ser hueca e irrelevante.

A menudo siento que quienes evangelizamos aturdimos a los demás con explicaciones sobre Dios. (Parece que Dios ni ha necesitado ni ha pedido tales explicaciones). Más bien, conviene interiorizar y difundir un evangelio del silencio. En este terreno los pueblos originarios son parteros de vida. Ellos nos conducen a parajes inusitados, a banquetes espirituales. Uno se sobrecoge en ceremonias andinas a la Tierra, en *purún* y *nguillatún* mapuche, en un *terreiro* del candomblé afroamericano.

Melodías y ruidos

Las melodías de pueblos acallados se expresan en medio del insoportable ruido que caracteriza el progreso de hoy. Al asociarnos a pueblos originarios, ellos nos enseñan a reconocer tanto melodías como ruidos. Esto requiere no abrumarlos con nuestras preguntas ni con 'soluciones' a sus problemáticas. (Esto implica abstenerse de interrogatorios y de recetas; y acompañarles en silencio). Uno se sensibiliza con ellos, y va afinando el oído. También uno constata que mucha gente indígena es cooptada y lamentablemente reproduce el ruido hegemónico. Por eso, junto con escuchar, uno aprende a ser amigablemente crítico, y les acompaña en un genuino empoderamiento.

Cabe empoderarse en la comprensión de silencios y de signos, en la interacción humana tan ambivalente, en la naturaleza que es enciclopedia de signos, en vínculos con antepasados y con sabios de hoy. Calixto Quisque advierte: “Pachamama janiw jaqin arupampi parlkiti, jan ukasti kunaymani chimpunaka tuqiw, jaqix ullart’i ukat amuyt’araki askin qamasiñataki” (no nos habla con palabras sino por medio de signos, y por eso el ser humano los lee e interpreta para vivir en armonía desde la advertencia) ⁶. Es pues fecunda la escucha a fin de vivir plenamente.

Se escuchan diversos interlocutores: plantas y aves que hablan, la briza y el agua que nos cantan, personas que conviven o que a veces destruyen al prójimo, ´almas´, espíritus, representaciones cristianas. Hay pues polifonía. Se da un polílogo (y no un simple conversatorio entre indígenas y no indígenas).

En cuanto a poblaciones afroamericanas, conjugan resistencia y silencio. Danzan confrontado el dolor. “A espiritualidade nos coloca de um jeito novo na historia... movido por esta espiritualidade o povo afrodescendente aprendeu o segredo de resistir, aprendeu ´silenciar´ para descobrir a dimensao mais profunda, aprendeu dançar sobre a dor” ⁷. El silencio es festivo, político, místico, comunitario.

Todo esto es bello. Pero nos abruma las heridas y penumbras de cada día. Nos invade el ruido mundial. Entre culturas, y al interior de cada grupo humano, abunda el ruido desconfiado y agresivo. Por eso uno anhela y encuentra espacios tranquilos e interactivos, la oración con música y sin palabras, el subversivo silencio. Esto es regalado por los pueblos originarios.

⁶ Calixto Quisque, *Pacha*, Cochabamba: Verbo Divino, 2007. 34.

⁷ Heloisa Helena Duarte y GRENI, *Ternura e Resistencia*, Sao Paulo: CRB, 2004, 37.